

Técnicas de subjetivación en la era farmacopornográfica.

Una lectura de Paul B. Preciado.

Malena Nijensohn
IIEGE (FFyL - UBA) y CINIG (UNLP)
malenanijensohn@gmail.com

Mesa 7: Biopolítica, bioeconomía y modos de subjetivación. Enfoques teóricos y análisis empíricos en América Latina

En los años setenta del siglo pasado, Michel Foucault elabora su teoría sobre el biopoder. Se centra especialmente en los siglos XVIII y XIX para formular el pasaje del paradigma soberano al paradigma biopolítico. En paralelo a las investigaciones foucaultianas, la tecnociencia avanza a pasos agigantados, en particular con el nacimiento de la biología molecular, lo cual introduce modificaciones relevantes en el régimen que Foucault está describiendo. Sin embargo, sobre las técnicas del poder del siglo XX (y sobre todo de la segunda mitad), el francés no dice nada.

Paul B. Preciado sostiene que las tecnologías de gestión de los cuerpos que aparecen después de la Segunda Guerra Mundial introducen un nuevo capítulo en la historia de la sexualidad inaugurada por Foucault. A través del surgimiento de la noción de “género”, la píldora anticonceptiva y la pornografía como cultura de masas, ingresamos en una **era farmacopornográfica**. Las técnicas de gobierno se miniaturizan (técnicas biomoleculares, digitales, prostéticas) al punto que el sujeto puede ingerirlas, pasando de ser un objeto de las mismas a un usuario. En este marco teórico, Preciado propone un desplazamiento radical de las políticas de la identidad para pensar en términos de revolución y de estrategias de resistencia a la normalización.

Me propongo trazar este recorrido teórico con el objetivo de poner un signo de interrogación sobre las estrategias de resistencia a la normalización propuestas por Preciado. Comenzaré para eso con un breve repaso de la historia de la sexualidad de Foucault y del pasaje del paradigma soberano al biopolítico, para llegar a los albores del siglo XXI y la concomitante transformación del biopoder en tecno-bio-poder.

I. Historia de la sexualidad foucaultiana: del régimen soberano al régimen biopolítico

El primer tomo de la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault se propone determinar el régimen de poder-saber-placer que sostiene el discurso sobre la sexualidad humana. En ese sentido su análisis sobre la hipótesis represiva no pretende demostrar la falsedad de la misma, sino colocarla en una economía más general de los discursos sobre el sexo en las sociedades modernas.

A partir del siglo XVII habría comenzado una supuesta edad de represión que controlaba la libre circulación del discurso sobre el sexo. Sin embargo, señala Foucault, estos discursos no han sino proliferado. La pastoral cristiana, lejos de censurar, ha construido un artefacto para producir discursos sobre el sexo susceptibles de funcionar en su economía. Estrictamente, hacia el siglo XVIII nos encontramos frente a una incitación política, económica y técnica a hablar del sexo, no como algo que se tenga que condenar o tolerar, sino como algo que debe ser dirigido, insertado en sistemas de utilidad, regulado para montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora. Así es como se constituye en Occidente una *scientia sexualis* que liga la verdad y el sexo en la confesión.

La sociedad que se desarrolla en el siglo XVIII –llámesela como se quiera, burguesa, capitalista o industrial–, no opuso al sexo un rechazo fundamental a reconocerlo. Al contrario, puso en acción todo un aparato para producir sobre él discursos verdaderos. No sólo habló mucho de él y constriñó a todos a hacerlo, sino que se lanzó a la empresa de formular su verdad regulada (Foucault, 2005, p. 87)

Se trata de la construcción de un saber sobre el sujeto a través de técnicas de poder inmanentes en el discurso del sexo. Son “mecanismos positivos, productores de saber, multiplicadores de discursos, inductores de placer y generadores de poder”.

En suma, podríamos plantear una suerte de pasaje de una representación jurídica a una perspectiva biopolítica del poder. Bajo la primera estela, nos encontramos con una relación negativa, uniforme y masiva del poder, en la cual se aplica una ley prohibitiva bajo la lógica de la censura. A partir del siglo XVIII habrían aparecido nuevos mecanismos que funcionan de forma inmanente, por la técnica, la normalización, el control y que se ejercen de forma tal que rebasan el Estado y sus aparatos. Se trata de “pensar el sexo sin la ley y el poder sin el rey” (Foucault, 2005, p. 111).

Omnipresencia del poder: no porque tenga el privilegio de reagruparlo todo bajo su invencible unidad, sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro. El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo, sino que viene de todas

partes. Y “el” poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movi­lidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas. Hay que ser nominalista, sin duda: el poder no es una institución, y no es una estructura, no es cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada. (Foucault, 2005, p. 113)

Hay cinco notas distintivas del biopoder que destaca Foucault. En primer lugar, el poder no es sustancial y por tanto no es algo que se tenga sino algo que se ejerce, y que se ejerce a partir de innumerables puntos y en el juego de las relaciones. En segundo lugar, el poder es inmanente y por tanto no se encuentra en una posición de exterioridad respecto de otro tipo de relaciones. En tercer lugar, el poder viene de abajo, no hay una oposición binaria entre dominadores y dominados sino relaciones de fuerza múltiples. En cuarto lugar, el poder se ejerce en función de una serie de miras y objetivos, en ese sentido es intencional (está atravesado por el cálculo) y no subjetivo. Finalmente, donde hay poder hay resistencia y la resistencia nunca está en relación de exterioridad respecto del poder. No hay entonces, para Foucault, un lugar del gran Rechazo sino varias resistencias que sólo pueden existir en el campo estratégico de las relaciones de poder.

En esta línea es que se puede pensar en un pasaje del derecho soberano de *hacer* morir o *dejar* vivir al poder de *hacer* vivir o *dejar* morir. Los nuevos mecanismos de poder están destinados a producir fuerzas, a hacerlas crecer y a ordenarlas más que a obstaculizarlas o destruirlas. Es un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, administrándola, aumentándola, multiplicándola, ejerciendo sobre ella controles precisos y regulaciones generales.

El biopoder se desdobla en una anátomo política del cuerpo humano y una biopolítica de la población. En el primer caso, el poder sobre la vida se centra en el cuerpo como máquina, en su educación, sus aptitudes, sus fuerzas, su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos. Todo esto queda asegurado por los procedimientos de poder característicos de la disciplina. En el segundo caso, el poder se centra en el cuerpo como especie, en los procesos biológicos de proliferación, nacimientos, mortalidad, nivel de salud, duración de vida, longevidad. Estos problemas son tomados a cargo por una serie de intervenciones y controles reguladores. El sexo se desvela como un punto clave, ya que depende de las disciplinas del cuerpo y participa asimismo de la regulación de las poblaciones.

II. Un nuevo capítulo en la historia de la sexualidad: la era farmacopornográfica desarrollada por Paul B. Preciado

En *Testo Yonqui*, Preciado analiza la historia de la sexualidad desarrollada por Foucault y sostiene que el francés pareciera pasar por alto un cierto conjunto de transformaciones profundas de las tecnologías de producción de subjetividad que se suceden a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de nuevas tecnologías en la gestión política y técnica de los cuerpos, del sexo y de la sexualidad que nos obligan a conceptualizar un tercer régimen de subjetivación, un tercer sistema de saber-poder, ni soberano ni disciplinario, sino un régimen que toma en consideración el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en la construcción de la subjetividad. Según Preciado hemos entrado en un era farmacopornográfica, donde los procesos de gobierno biomolecular (de allí un régimen farmacológico) se conjugan con los procesos de gobierno semiótico-técnicos (de allí un régimen pornográfico) en la constitución de la subjetividad sexual. Nos hallamos de este modo frente a nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, cirugía, endocrinología) y nuevas tecnologías de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética).

Las nuevas tecnologías biomoleculares y de transmisión de información a alta velocidad entran a formar parte del cuerpo, se diluyen en él, se convierten en cuerpo. De allí que el modelo de acción sea el de la microprostética, a saber, un poder que actúa incorporando artificios miniaturizados, internalizando de esta forma los dispositivos de vigilancia y control propios del régimen sexopolítico disciplinario.

Lo propio de estas nuevas tecnologías blandas de microcontrol es tomar la forma del cuerpo que controlan, transformarse en cuerpo, hasta volverse inseparables e indistinguibles de él, devenir subjetividad. Aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que está habitado por ellos, su estructura biomolecular y orgánica es el último resorte de estos sistemas de control (Preciado, 2014, p. 73)

Según Preciado, hay tres cambios fundamentales en la segunda mitad del siglo XX que marcan el pasaje de la biopolítica a era farmacopornográfica. En primer lugar, la aparición del concepto de "género"; en segundo lugar, la creación de la píldora anticonceptiva y, finalmente, la producción masiva de la pornografía. Analizaremos entonces cada uno de estos hitos.

1. La aparición del concepto de “género”

En 1947, el psicólogo infantil John Money, encargado del tratamiento de bebés intersexuales, utiliza la noción de “género” (*gender*) para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales o cromosomas que la medicina no puede clasificar como femeninos o masculinos. Utiliza dicho concepto para nombrar el “sexo psicológico”, pensando en la posibilidad de que la tecnología modifique el cuerpo según un ideal regulador preexistente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino. El género aparece así como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente.

Es curioso que el feminismo de los años setenta se apropie de este concepto surgido de las entrañas del poder médico normalizador, haciendo de la noción de género un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres. Feministas como Teresa De Lauretis o Judith Butler se apropian del concepto y señalan que el género no mantiene una línea de continuidad con el sexo anatómico o biológico, sino que es una construcción sociocultural, una representación o, mejor aún, el efecto del cruce de diversas representaciones que emanan de los diferentes dispositivos institucionales como la familia, la religión, el sistema educativo, los medios de comunicación, la medicina o la legislación y también de fuentes menos evidentes como el lenguaje, el arte, la literatura, el cine y la teoría.

Así el feminismo se corre de la concepción de la opresión de las mujeres y empieza a pensar en términos de tecnologías de género que producen tanto las diferencias de género (varón/mujer) como las diferencias sexuales (heterosexual/homosexual), raciales, de clase, etc.

En términos de Butler, el género es un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen performativamente el sujeto que pretenden describir. Entender el género como una construcción performativa significa que no hay una sustancia previa a las expresiones de género y de la cual éstas dependan, sino que, por el contrario, el género se construye en cada palabra, acto, gesto y estilos performativos. Es decir que las expresiones de género no describen una identidad que existe previamente y por fuera del lenguaje, sino que la realizan. Por ejemplo, cuando el médico dice “es un niño” o “es una niña”, no está haciendo una descripción inocente y neutral de la anatomía de los bebés, sino que los está nombrando y, en el mismo momento en que lo hace, los está formando e inscribiendo en un circuito (y normas) de reconocimiento. Así, se pone en marcha una cadena de repeticiones, rituales, citas e invocaciones que irán configurando la identidad

masculina o femenina. Sólo por citar los ejemplos más comunes, tal performativo determinará el color de la habitación, los juguetes, las formas de comportamiento y de relacionarse con otras personas, las actividades y los deseos. Es en este sentido que el performativo funciona como una práctica ritual repetitiva que nos produce como sujetos sexuados y generizados. Así, nuestra identidad es instituida por una repetición estilizada de tales actos. Cada vez que citamos una norma de género estamos constituyendo performativamente nuestra identidad, estamos citando, y en tal sentido, iterando, el régimen regulatorio del género.

Preciado recupera estos desarrollos butlerianos e introduce el conjunto de técnicas farmacológicas que producen los sujetos en términos de feminidad y masculinidad.

Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follarse, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisetas de fuerza hormonal destinadas a mantener las estructuras de poder de género: las chicas blancas hiperestrogenadas llorando por los chicos que las follan y las dejan tiradas, las chicas no-blancas amenazadas sistemáticamente de violación o de violencia, los chicos blancos controlando sus asquerosas pulsiones sexuales, los chicos no-blancos perseguidos por el poder estatal que criminaliza y castiga sus asquerosas y violentas pulsiones sexuales. (Preciado, 2014, p. 99)

En este sentido sostiene que la normalización de género en Occidente está marcada por la combinación de nuevas moléculas de gestión de cuerpo (combinadas con técnicas de representación del género y de la sexualidad, tema al que llegaremos cuando analicemos la pornografía). Los nuevos ideales de masculinidad y feminidad son creados, a partir de la Segunda Guerra Mundial, en el laboratorio. El cuerpo aparece así como una interfaz tecno-orgánica, un sistema tecno-vivo territorializado por diferentes modelos políticos (entre los cuales hallamos los bioquímicos).

2. La creación de la píldora anticonceptiva

A principios del siglo XX los médicos Ernest H. Starling y William M. Bayliss inventan el concepto de "hormona", que viene del griego *horman*, excitar, poner en marcha. Piensan las hormonas de acuerdo a una temprana teoría de la información, como mensajes químicos que son transportados por la sangre desde el órgano en el

que se producen hasta el órgano en el que actúan. Así dibujan una nueva imagen del individuo moderno, como un complejo entramado de circuitos densamente conectados que emiten, reciben y decodifican información bioquímica. Se trata de un nuevo sujeto hormonal, electroquímico, mediático y utraconectado. Para estos dos médicos, lo que caracteriza a la hormona es su capacidad de “actuar a distancia”, de ser emitida en un lugar e influir en el funcionamiento de otro lugar distante del cuerpo.

El dispositivo de subjetivación que podemos reconstruir a partir de la teoría hormonal de principios del siglo XX es un conjunto de redes institucionales y técnicas en las que se producen artefactos vivos que, dentro de un determinado contexto cultural, adquieren reconocimiento político. (Preciado, 2014, p.134)

A partir de los años treinta aparece con mayor claridad la idea de que no hay hormonas específicas de cada sexo sino que todos los cuerpos producen tanto estrógenos como testosterona y que lo que varía es la cantidad de producción. En este contexto las hormonas pasan de ser moléculas a ser medicamentos, entidades políticas que pueden introducirse en un cuerpo y que están sujetas a protocolos apoyados por un conjunto de instituciones.

La primera píldora anticonceptiva es inventada en 1951 casi por error, dado que emerge en el marco de una investigación de ayuda a la procreación de familias blancas católicas estériles. Se trata por tanto de un método de control de la reproducción pero también y sobre todo de un método de producción y de purificación de la raza, una técnica eugenésica de control de la reproducción de la especie. Esta primera píldora anticonceptiva era eficaz para el control de la natalidad pero fue sin embargo rechazada porque suprimía totalmente las reglas y ponía en cuestión, según el comité científico, la femineidad de las mujeres. Así es como se inventa una segunda píldora que es igual de eficaz que la primera pero que reproduce técnicamente los ritmos de los ciclos menstruales naturales.

Preciado llama “*bio-drag*” a este proceso de producción farmacopornográfica de ficciones somáticas de femineidad y masculinidad, para dar cuenta de que incluso quienes son considerados como bio-mujeres o bio-varones también están sujetos a un proceso de travestismo somático.

La cis-femineidad tal y como la conocemos hoy en Occidente no existe sin un conjunto de dispositivos mediáticos y biomoleculares. Las cis-mujeres son artefactos industriales modernos, tecnoorganismos de laboratorio, como las hormonas. (Preciado, 2014, p. 139)

La feminidad y la masculinidad son producidas y reproducidas gracias a microprotéticas que son patentadas, comercializadas, transferidas e implantadas en los cuerpos vivientes. En lo que concierne a la píldora anticonceptiva, ésta hace que el cuerpo de las tecno-mujeres del siglo XX siga pareciendo un efecto de leyes naturales inmutables, transhistóricas y transculturales. Los cuerpos de las mujeres “normales”, *i.e.* femeninas, heterosexuales, ni frías ni histéricas, ni putas ni ninfómanas, con cuerpos perfectos de madres potenciales, también están sujetos a la vigilancia y al control. El cuerpo femenino sólo es normal en la medida en que aplica las técnicas que hacen de él un cuerpo social.

Otra de las características que a Preciado le interesan es que la píldora anticonceptiva es una suerte de “panóptico comestible”, un dispositivo individualizado que se ingiere. La consumidora de la píldora ya no necesita de la mirada exterior sino que regula su propia administración. La píldora no es un látigo, no es una celda, no es un sermón educativo. Es por el contrario un cómodo sistema de administración oral que modifica bioquímicamente el cuerpo y promete la emancipación sexual de la mujer.

La píldora (como lo es el Prozac, el Viagra, el Tapezepam, o la Ritalina) es un laboratorio estatal miniaturizado instalado en el cuerpo de cada consumidora. Se lleva a cabo de este modo el derrumbamiento de las instituciones de reclusión que anunciaron Deleuze y Guattari en su epílogo a *Mil mesetas*. Ahora ya no es necesario encerrar al individuo para someterlo a pruebas bioquímicas, pedagógicas o penales, puesto que la experimentación sobre el alma humana puede llevarse a cabo en el precioso enclave del cuerpo individual, bajo la supervisión atenta e íntima del propio individuo. Todo esto puede suceder *libremente*, y en beneficio de la *emancipación* sexual del cuerpo controlado. (Preciado, 2014, p. 149)

Este dispositivo farmacopornográfico reduce su escala hasta convertirse en una técnica biomolecular consumible de forma individual y oral. En la era farmacopornográfica, el cuerpo se traga el poder. Ya no estamos frente a un poder que infiltra el cuerpo desde fuera. El cuerpo mismo desea el poder, busca tragárselo, comérselo, administrárselo, metérselo, cada vez más, por cada orificio y por cada vía posible de aplicación.

Vemos entonces cómo aparece un nuevo tipo de corporalidad que ya no puede diferenciar entre lo orgánico y lo inorgánico. No hay ya diferencia entre una cis-mujer y una tecno-mujer, todas las mujeres son tecno-mujeres (lo mismo sucede con los varones). Las nuevas tecnologías que permiten la aplicación de los ideales farmacopornográficos de la sexualidad ponen en marcha procesos de construcción

tectónica del cuerpo según los cuales órganos, tejidos, fluidos y moléculas se transforman en las materias primas a partir de las cuales se fabrica la nueva apariencia de naturaleza.

3. La producción masiva de pornografía

En el capítulo “Pornopoder” de *Testo Yonqui*, Preciado resalta una serie de notas distintivas de la pornografía.

1. La pornografía es un dispositivo virtual masturbatorio. La imagen es pornográfica por su capacidad de estimular los mecanismos bioquímicos y musculares que rigen la producción de placer, independientemente de la voluntad del espectador.

2. La pornografía es la sexualidad transformada en espectáculo. ¿Cuándo una imagen adquiere el estatuto de pornográfica? Cuando hace público algo que se supone es privado. Así la pornografía es un dispositivo de publicación de lo privado o, estrictamente hablando, un dispositivo que representa una porción del ámbito público y lo define como privado para cargarlo de valor masturbatorio.

3. Gracias a la digitalización audiovisual y su transmisión ultrarrápida sobre una multitud de soportes técnicos (desde la televisión hasta el iPod), la pornografía es teletecn masturbación.

4. Lo único que diferencia la pornografía de cualquier otro espectáculo de la industria cultural es su estatuto *underground*.

5. “En realidad, la industria pornográfica es a la industria cultural y del espectáculo lo que la industria del tráfico de drogas ilegales es a la industria farmacéutica. Hablamos aquí simplemente de los dos motores ocultos del capitalismo del siglo XXI” (p. 203)

6. Lo propio de la imagen pornográfica tiene más que ver con la escenografía, la teatralización y la iluminación que con su contenido.

7. La industria del sexo dice la verdad de cualquier otra producción comunicativa o espectacular: literatura, cine, televisión, internet, comic, videojuego. Todas esas industrias desearían producir placer y plusvalía pornográfica sin sufrir la marginalización de la producción porno.

8. En la pornografía, el sexo es *performance*. Esto quiere decir que la verdad de la sexualidad que la pornografía pretende capturar es el efecto de un dispositivo de representación.

9. Lo propio de la pornografía dominante es producir la ilusión visual de la irrupción en lo real puro. El placer de la mirada pornográfica reside en una contradicción: por un lado, la pornografía genera la impresión en el espectador de que él es el que posee y controla toda la potencia sexual de los actores; por el otro, al reducirlo a un receptor involuntario de estímulos, lo convierte en pasivo.

10. La pornografía dice la verdad de la sexualidad porque revela que toda sexualidad es ya siempre *performance*, representación, puesta en escena. La industria cultural divide las representaciones en válidas para todos los públicos y clasificadas X, como si hubiera algún tipo de diferencia ontológica entre un beso, una pelea y una penetración anal cinematográficos. Así la producción hegemónica excluye los órganos llamados sexuales de su producción. Sin embargo, para Preciado, detrás de esta hegemonía se oculta el deseo de la industria cultural de afectar los centros tecnoorgánicos de la producción de subjetividad con la misma eficacia que lo hace la pornografía. Así, la industria cultural no sería sino la envidia de la pornografía y esta última el paradigma de toda industria cultural.

11. Por último, Preciado se pregunta cómo liberar la sexualidad del control biopolítico actual y sostiene que una posibilidad sería inventar nuevas formas públicas, compartidas, colectivas y *copyleft* de sexualidad, que superen el ámbito de la producción pornográfica clásica. En ese sentido retoma el concepto de pospornografía. Dicha expresión fue utilizada por Wink van Kempen, cuando intentaba describir un tipo de producción audiovisual que contuviera elementos pornográficos pero cuyo objetivo no fuera masturbatorio sino político, crítico o humorístico. En los años 90, Annie Sprinkle retomó el concepto, oponiendo a la “verdad del sexo” pornográfico, la producción teatral y artística de diversas ficciones del sexo.

[L]os que hasta ahora habían sido el objeto pasivo de la representación pornográfica (“mujeres”, “actores y actrices porno”, “putas”, “maricas y bolleras”, “perversos”, etc.) aparecen ahora como los sujetos de la representación cuestionando de este modo los códigos (estéticos, políticos, narrativos, etc.) que hacían visibles sus cuerpos y prácticas sexuales, la estabilidad de las formas de hacer sexo y las relaciones de género que estas proponen (Preciado, 2014, p. 207).

Desde la perspectiva biopolítica de Preciado, el poder se extiende hoy en día al sexo y al género como codificaciones precisas de la información y la subjetividad.

Según sostiene, el problema es que hasta el momento el deseo, el placer, el sexo y el género han sido considerados en términos de la propiedad: como sustancia fija en la naturaleza, como propiedad de Dios, como propiedad del Estado, como propiedad privada y, actualmente, como propiedad de las grandes multinacionales farmacopornográficas. De aquí que Preciado sostenga que no se puede pedir al Estado protección contra la pornografía. Dado que la decodificación de la representación es un trabajo semiótico abierto, no hay que prevenirse de él sino atacarlo con reflexión, discurso crítico y acción política. Por eso propone la creación de una estética feminista posporno que trabaje con signos y artefactos culturales, resignificando críticamente los códigos normativos que la representación pornográfica impone.

III. En busca de un feminismo acorde a los tiempos que corren...

El movimiento feminista también ha sufrido sus procesos de cambio desde la Segunda Guerra Mundial. Preciado se posiciona como heredera del feminismo de los años ochenta que surge con Gayle Rubin, Judith Butler y Teresa de Lauretis, dado que ponen en cuestión que el sujeto del feminismo sean las mujeres y es así como pueden surgir nuevos feminismos con proyectos de transformación colectiva para el siglo XXI. Hubo feminismos disidentes constituidos por los sujetos excluidos del “feminismo biempensante”, que comenzaron a criticar los procesos de purificación que han conducido a un feminismo normativo y puritano cuyo ideal es la mujer heterosexual, blanca y europea. Trabajadoras sexuales, actrices porno, insumisos sexuales, y otros estructuran un movimiento discursivo y político en torno a los debates del feminismo contra la pornografía en los años ochenta en Estados Unidos. Tenemos entonces por un lado cambios tecnocientíficos y por el otro la aparición de nuevos sujetos que el propio feminismo había dejado de lado.

Preciado propone no caer ni en la tanatopolítica ni en la biopolítica sino pensar en las problemáticas propias de esta era farmacopornográfica.

La figura en forma de champiñón que dibuja en el cielo la bomba atómica, la fotografía de la niña completamente quemada que corre dejando atrás el pueblo en llamas de Trang Bang, Vietnam, tras un ataque con NAPALM, los labios llenos de esperma de Linda Lovelace, las pilas de miembros mutilados en Ruanda, la doble penetración, Gran Hermano y Nick-Tup, los litros de grasa extraídos de las nalgas de la ama de casa

americana para las cámaras de Extreme Makeover, las pollas flácidas y las cámaras tiesas de Abu Ghraib, los asesinatos de la prisión de alta seguridad de San Quintín filmados por las cámaras de seguridad dicen más sobre el actual estado de nuestra especie que cualquiera de los libros de filosofía del siglo XX, de Husserl a Sartre pasando por Hanna Arendt o cualquiera de los tratados contemporáneos de sociología. En 2006, la buena intención filosófica, nuestra especie se la mete literalmente por el culo, mientras, por supuesto, filma esta imagen y la comercializa (Preciado, 2014, pp. 273-274).

¿Cómo pensar entonces una posible resistencia a la normalización de los cuerpos en el contexto del siglo XXI? Preciado propone la creación de una nueva filosofía pornopunk, cuya primera divisa es el cuerpo propio. Por supuesto se trata de un cuerpo que está constituido en un entramado farmacopornográfico: laboratorios políticos, efectos de procesos de sujeción y control pero también espacios posibles de agenciamiento crítico y resistencia a la normalización. La puesta en práctica de un conjunto de políticas de experimentación corporal y semiótico-técnica serán, a los ojos de Preciado, más efectivas que la clásica representación política.

Preciado nos invita entonces a practicar lo que él viene haciendo hace varios años ya: un proceso de autointoxicación voluntaria. Como feminista, hoy en día, sostiene que es importante testear sobre el propio cuerpo los efectos farmacopornográficos de las hormonas sexuales sintéticas. Se trata de experimentar las construcciones culturales que son la feminidad y la masculinidad.

En un mundo donde los laboratorios farmacéuticos y las instituciones médico-legales estatales regulan el uso y el consumo de las moléculas activas de la progesterona, el estrógeno y la testosterona, parece anacrónico hablar de prácticas de representación política sin pasar por experimentos performativos y biotecnológicos de la subjetividad sexual y de género (Preciado, 2014, p. 277).

Una nueva forma de hacer política, una forma modesta, corporal, implicada y responsable de transformarse en sujeto de lo político siendo la rata del propio laboratorio. El principio de autocobaya que propone Preciado en relación con las políticas de género y sexuales implica no darle consejos al otro sobre lo que debe gustarle o sobre lo que debe hacer, qué es lo que lo tiene que excitar, qué sexualidad es la mejor, si es mejor tomar o no tomar hormonas, si es mejor operarse o no. Frente a la política de las doctrinas, Preciado propone el desarrollo de micropolíticas de género, sexo y sexualidad que estén basadas no en la representación sino en la autoexperimentación y que se definan por la capacidad de rechazar y de resistir a la

norma, de crear nuevos planos de acción y de subjetivación. Ya no es cuestión de pedirle al Estado y a la sociedad que nos reconozcan, que nos permitan participar de las leyes instituidas para formar parte de la normalidad social, sino de convencer a todos, a todas y a todes de que dicha normalidad no existe: la que se cree cis-mujer toma la píldora, el que se piensa cis-hombre toma Viagra, quienes se consideran normales toman Prozac. Todxs somos monstruos químicos. Estas políticas performativas se convierten en un *locus* de producción de nuevas subjetividades y, por tanto, en una alternativa a las formas tradicionales de hacer política.

Conclusiones:

El diagnóstico que hace Preciado retomando a Foucault pero yendo más allá de él, es, a mi juicio, impecable. Fusionando aportes tan diversos como los de Deleuze y Guattari, Donna Haraway, Judith Butler y otrxs, logra dar cuenta del funcionamiento del poder en la era farmacopornográfica. Querría sin embargo, para cerrar este trabajo y abrir a la reflexión, poner el signo de interrogación sobre algunos aspectos de su propuesta de estrategias de resistencia a la normalización.

Preciado sostiene que el feminismo más clásico había dejado de lado a toda una serie de subjetividades, desde las mujeres negras hasta las personas trans o intersex, incluyendo trabajadoras sexuales, lesbianas, etc. Centrándose en una mujer blanca, europea, heterosexual, de clase media, se había basado en reivindicaciones de tipo identitarias para que dichas mujeres fueran incluidas en la normalidad socio cultural y la legalidad estatal. Ahora bien, las luchas de todxs estxs sujetxs excluidos y la proliferación del SIDA generaron muchos cambios al interior del movimiento feminista, críticas internas que desembocaron en lo que hoy conocemos como movimiento *queer*. La palabra “queer” es inicialmente un insulto, significa algo así como “raro”; dicha injuria fue reapropiada como una estrategia de afirmación: sobrepasando la identidad, recoge un conjunto de subalternidades. Así, lo queer es la no-identidad, una multiplicidad de estrategias no conmensurables y no jerarquizables para resistir a la normalización de los cuerpos.

Para Preciado, el feminismo pudo ser pertinente en su momento como crítica en el interior del paradigma soberano, como una crítica al padre de necropolítica. Sin embargo, se muestra como insuficiente para resistir a las técnicas biopolíticas, a la madre biopolítica reproductora.

Es por ello que Preciado decide correrse del eje de las políticas identitarias de representación para posicionarse en un eje bastante diferente, de estrategias de experimentación con el propio cuerpo. Esto no significa que haya que renunciar absolutamente a las demandas identitarias (leyes como el matrimonio igualitario o la identidad de género son logros parciales, si se quiere), pero Preciado nos invita a no conformarnos con esas victorias parciales y a movernos dentro de otro terreno.

Por supuesto no hay que entender la experimentación con el propio cuerpo como algo individual, pues Preciado ya ha aclarado que los sujetos de la resistencia al tecnobiopoder farmacopornográfico son sujetos relacionales. Propone una cierta colectivización de las diversas experiencias pero dicha colectivización ya ofrece de por sí dos problemas. En primer lugar, la idea de que “todos somos trans”. En un nivel, todos lo somos, todos somos tecnocuerpos constituidos por fármacos y prótesis somáticas, como he desarrollado más arriba. Sin embargo, de ninguna manera se podría decir que es lo mismo ser una persona que ha atravesado una transición de un sexo-género al otro que una persona que ha transicionado hacia el sexo-género que le ha sido asignado. Es decir que el desmontaje de una identidad sexo-genérica natural es totalmente pertinente siempre y cuando no borre las experiencias propias de la transexualidad o incluso de la intersexualidad. La segunda cuestión tiene que ver con que por momentos Preciado pareciera dirigirse meramente a los movimientos europeos o norteamericanos, elevando a rango universal formas de articulación política que son propios del Norte y bajando esas consignas al Sur. No contempla entonces los diversos contextos locales, sus formas no sólo económicas, sino también sociales, políticas y culturales, que son fundamentales a la hora de entender cómo se organiza la accesibilidad (a tratamientos hormonales, por ejemplo, pero también al reconocimiento).

Con estas críticas no quiero señalar que haya que invalidar los textos de Preciado y todos sus aportes teórico-críticos. Por el contrario, nos invitaría más bien a leer y releer su producción, analizar la era farmacopornográfica que Preciado describe y hacer un trabajo cabal de traducción y re-escritura para poder hablar de nuestro propio contexto local.

Bibliografía citada:

Foucault, Michel (2005), *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Preciado, Paul B. (2013), “Decimos Revolución”, en *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Tafalla, ed. Txalaparta, pp. 9-13.

Preciado, Paul B. (2014), *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*, Buenos Aires, Paidós.

Bibliografía consultada:

Butler, Judith (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, trad. M. A. Muñoz, Barcelona, Paidós.

Butler, Judith (2010), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, trad. A. Bixio, Buenos Aires, Paidós.

De Lauretis, Teresa (1996), "Las tecnologías del género", en *Mora* N°2, IIEGE, Universidad de Buenos Aires, nov. 1996, pp. 6-34.

Deleuze, Gilles, "Postdata sobre las sociedades de control", trad. Martín Caparrós, en Christian Ferrer (comp.) (2005), *El lenguaje libertario*, La Plata, Terramar.

Foucault, Michel (1976), *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard.

Rich, Adrienne (1994), "Compulsory heterosexuality and Lesbian Existence", en *Blood, Bread, and Poetry*, New York, Norton Paperback.

Rubin, Gayle (1975), "The Traffic in Women. Notes on the "Political Economy" of Sex", en Rubin, Gayle (2011), *Deviations*, Duke University Press, pp. 33-65).